



Dominicas

de la Inmaculada Concepción
Provincia Santa Rosa

*El Sol resplandecía en el pesebre,
la noche de repente se hizo día,
se rasgaron de golpe las tinieblas
y una luz celestial nos envolvía.
¡Qué alegría!
¡Que ternura!!*

Lima, Diciembre del 2014

Muy Querida Madre
Muy queridas Hermanas

Les anuncio una gran alegría... hoy, en la ciudad de David, nos ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor (cf. Lc 2,10-11). En la noche de Navidad escucharemos de nuevo las palabras del ángel a los pastores y reviviremos el clima de aquella Noche santa, la Noche de Belén, cuando el Hijo de Dios, naciendo en una humilde gruta, se hizo hombre, ha puesto su morada entre nosotras y en toda la humanidad. En esta nueva Navidad tengamos la capacidad de asombrarnos frente al Misterio de la Vida, que resuene en nuestros oídos el anuncio del ángel, para acoger al Salvador. Que no dudemos en recibirlo en nuestra propia casa, en la Comunidad. Es importante que abramos la propia mente y el corazón a la Navidad de Cristo, acontecimiento de salvación capaz de imprimir renovada esperanza a la existencia de todo ser humano.

“Despiértate, hombre: por ti, Dios se ha hecho hombre” (San Agustín). ¡Despierta, Dominica de la Inmaculada Concepción! En Navidad, el Omnipotente se hace niño y pide ayuda y protección; su modo de ser Dios pone en crisis nuestro modo de ser humanos; su llamar a nuestras puertas nos interpela, interpela nuestra libertad y nos pide que revisemos nuestra relación con la vida y nuestro modo de concebirla. Sin Cristo, la luz de la razón no basta para iluminar al hombre y al mundo. Por eso la Palabra evangélica del día de Navidad “...era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre” (Jn 1,9) resuena más que nunca como anuncio de salvación para todos. “Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (Gaudium et spes, 22). La Iglesia no se cansa de repetir este mensaje de esperanza reiterado por el Concilio Vaticano II.

¡Dejémonos llevar de la mano por el Niño de Belén, no temamos, fiémonos de Él! La fuerza vivificante de su luz nos alienta a comprometernos en la construcción de un nuevo mundo fundado sobre los valores del Reino. En Navidad nuestro espíritu se abre a la esperanza contemplando la gloria divina escondida en la pobreza de un Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre: es el Creador del universo reducido a la impotencia de un recién nacido. Aceptar esta paradoja, la paradoja de la Navidad, es descubrir la Verdad que nos hace libres y el amor que transforma la existencia. En la noche de Belén, el Redentor se hace uno de nosotros, para ser compañero nuestro en los caminos difíciles de la historia. Tomemos la mano que Él nos tiende: es una mano que nada nos quiere quitar, sólo dar.

Con la encarnación, el Hijo de Dios se ha unido a cada hombre. Por eso, puesto que la Navidad de la Cabeza es también el nacimiento del cuerpo, como enseñaba el Pontífice san León Magno, podemos decir que en Belén ha nacido el pueblo cristiano, cuerpo místico de Cristo en el que cada miembro está unido íntimamente al otro en una total solidaridad. Nuestro Salvador ha nacido para todos. Tenemos que proclamarlo no sólo con las palabras, sino también con toda nuestra vida, dando al mundo el testimonio de comunidades unidas y santas, en las que reina la fraternidad y el perdón, la acogida y el servicio recíproco, la verdad, la justicia y el amor. Comunidad salvada por Cristo.

Ésta es la verdadera naturaleza de nuestra amada Congregación, como decía nuestra Fundadora: “Trabajemos con ahínco por la consolidación del edificio común”, alimentándonos de su Palabra y de su Cuerpo Eucarístico.

Sólo redescubriendo el don recibido, podemos testimoniar que Cristo Salvador, es la Luz del mundo; hay que hacerlo con entusiasmo y pasión, con alegría, sabiendo que Aquél a quien se anuncia, es auténticamente humano, es hermosamente divino. En verdad, Cristo viene a destruir el mal, el pecado; lo demás, todo lo demás, lo eleva y perfecciona. Cristo no nos pone a salvo de nuestra humanidad, sino a través de ella, nos salva; **no nos salva del mundo, sino que ha venido al mundo para que el mundo se salve por medio de Él** (cf. Jn 3,17).

Entremos con los pastores en la choza de Belén, bajo la mirada amorosa de Santa María Inmaculada, testigo silencioso del prodigioso nacimiento. Que Ella nos ayude a vivir una buena Navidad; que nos enseñe a guardar en el corazón el misterio de Dios, que se ha hecho hombre por nosotros; que nos guíe para dar al mundo testimonio de su verdad, de su amor y de su paz.

Queridas hermanas, que llegue hasta Ustedes este mensaje de alegría y de esperanza: Dios se ha hecho hombre en Jesucristo; ha nacido de la Virgen María y renace hoy en el corazón de cada Dominica. Él es quien lleva a todos el amor del Padre celestial. ¡Él es el Salvador, la Luz del mundo! Abramos siempre las puertas de nuestro corazón, recibámosle para que su Reino de santidad, amor y de paz se convierta en herencia común para nuestra Familia Religiosa y toda la Iglesia.

¡Feliz Navidad!

Con inmenso cariño

Hna. Elfi Pozo Aguilar

Piora Provincial